

En la ciudad condal comenzaba el mes de junio, antesala de un cálido verano. Éste era el mes predilecto de los barceloneses, tanto si estaban en periodo de descanso como de trabajo. La corriente cálida del sur, al formar una intersección con la brisa del mar, hacía felices a sus habitantes.

El buen tiempo comenzaba a asomar por fin; el aire era menos frío y los días eran más largos. La primavera se despedía una vez más. El sol se estrenaba reluciente sobre un cielo limpio. Ascendiendo a lo más alto, dejaba sentir su caricia con más intensidad. Las plantas, los árboles y los campos verdeaban por doquier. Los jardines presumían con un sinfín de colores. Sus verdes, rojos y amarillos pronto se tornarían en inconfundibles y maravillosos tostados y ocreos...

Sin embargo, por estas fechas, principios del siglo XX, esta ciudad portuaria era bastante más incómoda que en la actualidad. Por todas las calles podían encontrarse obstáculos urbanísticos.

Además, Cataluña había perdido la fe en el Gobierno de Madrid. Crecía la agitación social. Unos artículos publicados en las revistas "Cu-Cut" y "La veu de Catalunya" habían provocado fuertes manifestaciones de protesta entre la oficialidad militar. Los cambios ministeriales eran frecuentes y provocaban gran inestabilidad. Surgían por doquier conatos de manifestaciones de carácter social, promovidos por un renaciente anarquismo.

La causa de todo era la mala economía por la que atravesaba parte del país, crisis que en Cataluña incidía de manera alarmante, mientras que en Extremadura y Andalucía apenas se dejaba sentir. Durante el año 1905 se registraron más de 150 huelgas y, lo que era peor, comenzaban a ser frecuentes los atentados.

Uno de los abigarrados barrios del puerto aparecía salpicado por las llamadas "Casas de Todos". En cada una de ellas, a lo largo y ancho de un gran patio, se encontraban las viviendas, no apiñadas, pero sí en sucesión una tras otra. En la rinconada de

uno de estos patios, una pareja, los Ral Banús, acababa de alquilar una de aquellas viviendas.

El patio de luz apenas dejaba pasar la claridad, debido a la cantidad de ropa que esperaba para secarse. Numerosos cordeles cruzaban el patio de un lado a otro. Todos guardaban su distancia para evitar problemas, pero era tal el mar de ropa que el piso bajo recibía la noche horas antes que los demás.

La vivienda de los Ral Banús ocupaba uno de los cuatro rincones. Él trabajaba de estibador en el puerto. Ella, que se dedicaba a "sus labores", había pensado muchas veces ponerse a trabajar, pero se había convencido de que eso era muy difícil para una mujer. Había estado durante dos días colocando todos los enseres que formaban su flamante hogar: un catre, un armario, una especie de alacena, una mesa, un par de sillas, unas perolas, vasos, manteles, servilletas, cubiertos...; lo imprescindible para dos personas. Había vestido el catre, había colocado algo de ropa en el armario, y el resto, en la alacena. Dos días habían sido más que suficientes.

A primeros de junio, cuando tomaron posesión de su hogar, estaban ajenos a los acontecimientos que se producían en cada rincón del mundo. A primeros de mes, por ejemplo, en Madrid, concretamente en su calle Mayor, el pueblo disfrutaba viendo en el cortejo nupcial de sus monarcas, una bella y adornada carroza.

Mientras que la pareja Ral Banús, en el rincón de esa "Casa de Todos" de Barcelona, se unía en el momento cumbre del coito; en ese mismo instante, a 600 kilómetros, un tal Mateo Morral lanzaba una bomba contra la carroza nupcial. La alegría madrileña se tornó en horror; sin embargo, en el hogar de los Ral Banús, ajenos a todo, el catre era la carroza nupcial donde estaban engendrando al primogénito de la familia.

En Madrid, la calle se había preñado de polvo, humo y desconcierto. La gente, que corría sin rumbo, no acertaba a salir de aquel infierno, no daba con la dirección adecuada... Los Ral Banús sí habían acertado; eran conscientes de ello y miraban el futuro con ilusión.

–¡Esta vida es un infierno! –dicen unos.

–¡Esta vida es bella! –dice el nuevo y feliz matrimonio, casi presintiendo su incipiente embarazo.

La vida continuaba para todos, pero de manera muy diferente.

En esta época, donde la costumbre hacía camino, todo se iba cumpliendo para Josefa tal como ocurría desde tiempos ancestrales: el vómito era síntoma de preñez, los ardores eran provocados porque al bebé le crecía el pelo, las manchas en la cara se debían a la subida de leche a los pechos, igual que el dolor en los pezones...

Todo transcurría igual, no existía duda. Si era varón se llamaría Jaime, como su padre y su abuelo. Si era niña se llamaría Josefa, como su madre, su abuela y su bisabuela. Era sencillo, la gente del pueblo entregaba a su primogénito, como única herencia, el nombre de pila de sus progenitores.

La vida de los primeros años del siglo XX iba pasando de forma lenta; no había prisa para nada y por nada. Josefa guardaba sus escasos ahorros en un bote que aun conservaba el olor a café. Durante el embarazo estiró los ahorros como si de una goma se tratara. Compró ovillos de lana de colores azul, rosa y, sobre todo, blanco, ante la incertidumbre. También unos ovillos de hilo y una variedad de retales de tela.

Pensó que su hijo nacería pronto, en el mes de febrero, porque a su madre, también se le adelantó el parto.

Con prontitud se puso a elaborar el "ajuar" de su bebé. Logró tener un buen montón de gasas cortadas para pañales. Sabía que iba a necesitar muchos.

Entre las amistades que hizo, encontró una vecina, Bonifacia, en la que depositó gran confianza. Era bastante mayor, por lo que creció en ella un cierto maternalismo. Tenía aspecto de mujer sana, entrada en carnes, pero muy ágil, como lo demostraba criando nueve hijos. En una de las muchas conversaciones que mantuvieron, Josefa, al verla tan agobiada, le preguntó:

—¿Cómo es posible que hayáis tenido tantos hijos?

Bonifacia, más conocida por Boni, le contestó:

—Mira, Josefa, los hijos te vienen por arte de birlibirloque. Este marido que tengo no entiende de marcha atrás y yo no sé de números para contar los días de mi periodo. A veces, cuando estoy muy desesperada, me siento con un calendario y le digo a

mi Ramón: "¡hoy toca!", con tan mala suerte que siempre me quedo preñada, así que ya no vuelvo a eso que dicen "método gino". La mitad de mis hijos son "ginos".

A Josefa no le hizo ni pizca de gracia, se compadecía de ella.

Faltaba algo más de un mes para que Josefa cumpliera cuando Boni se prestó voluntaria para asistirle el día del parto.

–Mira, Josefa, no te preocupes, el día que "eches aguas" me llamas y verás qué bien nace la niña –Boni estaba convencida de que iba a ser una hembra–. La forma de tu barriga lo dice; es muy redonda, va a ser una niña.

Mientras el embarazo llevaba su curso, no lejos de la vivienda, Jaime se ganaba el pan de su hogar con el sudor de su frente, tal como anunció el Creador. El sudor, sin embargo, era de todo su cuerpo, de ahí que uno de los momentos más deseados por el futuro padre era el del baño.

Como en casa no disponían de ducha, tuvo que recurrir al ingenio. Un domingo, día de descanso, Jaime agujereó con mucho cuidado un bote vacío de mermelada. Lo colocó encima del plato donde estaba el agujero para el desagüe, abertura que servía para todo. Le hizo llegar una goma desde el grifo y lo convirtió en el cabezal de su ducha. Salían unos chorros muy finos. Era una gozada, pero el agua rebosaba por el bote. Tuvo que hacer, en el centro, un agujero de mayor diámetro. Para él, era la mejor ducha del mundo.

El futuro padre estaba muy ilusionado. Trabajo no le faltaba, a pesar de que corrían malos vientos de despidos, pero él no era persona del montón, sus jefes se habían fijado en él y sería el último de la empresa que despidieran. Este conocimiento que tenían de él sus jefes le proporcionaba seguridad y estabilidad en el trabajo. Era un trabajo fuerte, porque apenas existía mecanización y prácticamente había que hacer todo a mano y con mucho esfuerzo, cosa que él no escatimaba.

Jaime estaba muy ilusionado con el nacimiento de su hijo. Era el reflejo de su amor por Josefa. Le entusiasmaba llegar a casa todos los días y ver algo nuevo hecho para su hijo.

–Estás guapa, Josefa.

–Son tus ojos y tu pensamiento los que me ven así, porque con esta barriga parezco un adefesio.

–Menos mal que en estos ocho meses que llevas de embarazo, no podemos hacer más hijos. Yo cada día te haría uno...

Ambos reían y gozaban con su situación.

En nuestro país la tradición seguía teniendo mucho peso. Seguía cumpliéndose. El clima era siempre igual; los ciclos climáticos se sucedían con naturalidad. No existían centrales nucleares ni polución ambiental; estaba aún muy lejana la invención de bombas atómicas... Todo era natural.

A Josefa, igual que le pasó a su madre, se le adelantó el parto. Unos quince días, según sus cuentas. El 14 de febrero de 1906 se despertó antes de lo normal. Estaba empapada..., en un charco... Jaime se había ido una hora antes. Como pudo, llamó a su vecina Lucía para que avisara a Boni. Ésta, imaginándose, acudió al momento.

Precipitadamente, llevando a cabo el dicho “anda despacio que tengo prisa”, puso a calentar en el fogón una vasija con agua. Se fue directamente donde Josefa le había indicado y sacó unas sábanas. Cuando todo estaba listo, Boni le hizo una exploración con una linterna de petaca y observó que todo estaba normal.

–Bueno –dijo Boni, sentándose a su lado–, tú tranquila; cuando empieces a sentir “contractos”, me lo dices y contamos.

–¿Para qué?

–Para ver si está cerca el parto –respondió la amiga.

Josefa comenzó a sudar. Boni le ponía un paño humedecido sobre la frente y, con otro, le secaba la cara y el cuello. La parturienta comenzó a sentir fuertes dolores.

–Boni, tengo “contractos”.

–Bien, me dices el próximo.

Terminó de decirlo y volvió a sentir una nueva contracción.

–Boni, esto está cerca.

La exploró de nuevo y exclamó:

–¡Ya veo la cabecita!

Unos gritos más... y el bebé salió lanzado como un obús, de forma que estuvo a punto de irsele de las manos a la partera.

Boni, a la vez que echaba una mirada al reloj, cortó el cordón umbilical, lo anudó y dejó al crío encima de una mesa. No se fió y puso el respaldo de una silla para que no cayera. Se fue rápidamente en busca de la madre de la criatura que era todo un manantial de sudor y de sangre. Comenzó una perfecta limpieza. De vez en cuando echaba una mirada al pequeño.

Cuando la madre quedó tranquila, pero medio atontada, cogió al bebé, lo metió en el agua que quedaba en el "cacharro" y le dio un "julepe" que lo dejó reconocible, ya que antes no lo era. Con prontitud lo envolvió en una sabanilla y lo depositó al lado de su madre.

–Ahí tienes a tu hijo, es un hermoso varón.

La madre lo abrazó sin acertar a decir palabra alguna y, cuando iba a romper a llorar, el pequeño abrió los ojos, los clavó en los de su madre e impidió que ésta echara una sola lágrima. Sus ojos la cautivaron. Tenía muchas ganas de llorar, pero no podía hacerlo.

La buenaza de Boni observó a la pareja. El espectáculo le supuso un premio a su labor. No era muy religiosa; pero, como el humano es religioso por naturaleza, pensó:

–¡Qué grande es Dios! Todo nacimiento es un milagro.

Josefa, que ya estaba saliendo de su letargo de parturienta, miró a su amiga y le dijo, con mucha dulzura:

–¡Qué buena eres, Boni! Eres maravillosa. Ni mi propia madre hubiera hecho lo que tú terminas de hacer de manera tan desinteresada. Estoy en una gran deuda contigo y los tuyos. Acércate que te dé un beso.

Ambas se besaron, mientras reían y lloraban a la vez.

Boni se acercó a su casa y regresó en un momento con una buena taza de caldo de gallina.

–Tómate este caldo, que te dará fuerzas; ahora necesitas alimentarte bien, para poder criar a tu bebé. Josefa, para dar de

alta al niño en el Juzgado es importante que recuerdes que nació a las once de la mañana del día 14 de febrero.

–Sí, se lo diré a Jaime para que tome nota. ¡Madre mía, qué contento se va a poner cuando regrese esta tarde y vea que es un niño! Yo creo que en el fondo él pensaba que iba a ser un varón, a pesar de que decía que le daba igual.

–Tú no te muevas en dos días. Tu marido que pida permiso mañana para poderte atender bien, que lo necesitas –dijo Boni.

La tarde iba finalizando y el sol comenzaba a inclinarse sobre el horizonte cuando Jaime regresó a su casa, más contento de lo normal. Algo intuía. Camino de casa tenía que pasar por un descampado y, lo que no había hecho nunca, se agachó y recogió un ramillete de margaritas salvajes, blancas y amarillas, con un olor campestre maravilloso.

Con su ramillete recorrió el camino que le quedaba, como un crío con zapatos nuevos. Al entrar y no ver a su Josefa, que siempre le esperaba en la puerta, gritó:

–¡Josefa!

Luego fue rápidamente a la alcoba. Se quedó como atontado, se sentó en la cama y comenzó a acariciarla, a besarla. Cuando se hartó de gozo, cogió a su hijo, lo levantó, lo miró y lo abrazó tanto que la criatura comenzó a llorar. Estaba loco de alegría...

Por la noche fue al domicilio de Andrés, el encargado, a decirle que había tenido un niño y que le concediera un día libre para atender a su mujer. Andrés le dio un fuerte abrazo.

–No faltaba más, mañana lo tienes libre, con sueldo y no recuperable.

–Muchas gracias, Andrés.

El día siguiente fue indescriptible. Jaime hizo lo que nunca: lavó la vajilla, barrió la casa, ordenó todo, hizo la comida... Su hijo, una de las veces que tuvo que cambiarlo, le puso perdido de "caca". El matrimonio rió, lloró, conversó... Para Jaime, según dijo muchas veces a lo largo de su vida, fue un día inolvidable...